

OPÚSCULOS

DEL

S.^r DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR

PEDRO DE ANGELIS.



BUENOS AIRES:

IMPRESA DE LA INDEPENDENCIA.

1831.

DISCURSO

Sr. DE CHATEAUBRIAND

EN LA SESION DE LA CAMARA DE PARES.

DEL 7 DE AGOSTO DE 1830.

¡SEÑORES!—La declaracion comunicada á esta Cámara es mucho menos complicada para mi que para los señores Pares que profesan una opinion distinta de la mia. En esta declaracion predomina un hecho sobre todos los demas, ó mas bien los destruye. Si nos hallasemos en un órden de cosas regulares, examinaria sin duda con esmero las modificaciones que se pretenden hacer á la Carta. Muchas de ellas yo mismo las he propuesto. Extraño solamente que hayan podido entretenernos con la medida retroactiva que concierne á los Pares creados por CARLOS X. Nadie

puede tildarme de partidario de esas *camélas de Pares*, y no habreis olvidado que las combatí aun antes de realizarse. Pero constituirnos en jueces de nuestros compañeros; borrar de la lista de los Pares á quien se nos antoja, cuando llegamos á ser los mas fuertes; todo esto se asemeja mucho á una proscripcion. ¿Qué es lo que se quiere? ¿Destruir la dignidad de par? Sea enhorabuena; mas vale perder la vida que implorarla.

Ya me reprocho estas pocas palabras sobre un asunto peculiar que, por importante que sea, desaparece en la magnitud de los acontecimientos. Cuando la Francia está sin direccion, ¿podria fijarme en lo que se necesita quitar ó añadir á los palos de un buque, cuyo timon ha sido arrancado? Separo, pues, de la declaracion de la Cámara electiva todo lo que es de un interés secundario, y ciñéndome al hecho enunciado de la vacanci. verdadera ó supuesta del trono, prosigo adelante hácia mi objeto. Una cuestion previa debe tratarse. Si el trono está vacante, estamos autorizados para elegir la forma de nuestro gobierno. Antes de disponer de la corona, es preciso

determinar en que especie de órden político constituiremos el órden social. ¿Fundaremos una república ú otra monarquía? ¿Estos gobiernos ofrecerán á la Francia garantías suficientes de estabilidad, de fuerza y de reposo?

Una república tendria primero en su contra los recuerdos de la república misma. Esos recuerdos existen todavia; no se ha olvidado el tiempo en que la muerte marchaba apoyada en los brazos de la libertad y la igualdad. Cuando hubieris reincidido en una segunda anarquía, ¿podreis despertar en su roca al Hércules que solo tuvo el poder de encadenar al monstruo? De estos hombres fatídicos se encuentran cinco ò seis en la historia; dentro de algunos millares de años, vuestra posteridad podrá ver á otro NAPOLEON: vosotros no lo esperéis.

Ademas de esto, en el estado de nuestras costumbres y en nuestras relaciones con los gobiernos que nos rodean, la república, si no me equivocó, no me parece realizable. La primera dificultad seria uniformar los votos de la Francia. ¿Con qué derecho la poblacion de Paris obliga-

mundo, pero aun no ha llegado su época.
—Paso á la monarquía.

Un rey nombrado por las Cámaras ó elegido por el pueblo, será siempre, por mas que se haga, una inovacion. Pues, supongo que se quiere la libertad, y sobretodo la de imprenta, para la cual y por la cual el pueblo acaba de conseguir un triunfo memorable. ¡Y bien! toda nueva monarquía tendria forzosamente, tarde ó temprano, que hostilizar á esta libertad. NAPOLEON mismo no pudo tolerarla. Hija de nuestras desgracias, esclava de nuestra gloria, la libertad de imprenta no vive segura sino á la sombra de un gobierno que ha echado profundas raices. Una monarquía, bastarda de una noche sangrienta, tendria mucho que recelar de la independencia de las opiniones. Si hay quien predique la república, y quien abogue por otro sistema, ¿no temeis veros obligados á echar mano de leyes represivas, á pesar del anatema lanzado contra la censura por el artículo 8 de la Carta?

Entonces, amigos de una sabia libertad, ¿qué habreis ganado en el cambio que se os propone? Sereis arrastrados por fuer-

za á la república ó á la servidumbre legal. La monarquía será invadida y atropellada por el torrente de las leyes democráticas, ó el monarca víctima de la exaltación de los partidos.

En el primer entusiasmo de la victoria, todo parece fácil: se espera poder satisfacer todas las exigencias, todos los caprichos, todos los intereses. Cada cual se lisongea que los otros se desprendan de sus miras personales, de sus vanidades: se cree que la superioridad de luces y la sabiduría del gobierno allane los obstáculos: pero al cabo de algunos meses, los hechos desmienten las teorías.

No os presento, SEÑORES, mas que algunos de los inconvenientes anexos á la instalación de una república, ó de una nueva monarquía. Si una y otra tienen peligros, quedaba un tercer arbitrio que merecía no ser desatendido.

Ministros odiosos han mancillado la corona, sostenido la violación de las leyes por el asesinato, quebrantado los juramentos hechos al cielo y las leyes otorgadas á los pueblos.

¡Extranjeros! dos veces entrasteis en Paris sin resistencia: ¿sabeis la verdadera causa de vuestros triunfos? Os presentasteis á nombre del poder legal. Si marchaseis hoy en defensa de la tirania, ¿creeis que las puertas de la capital del mundo civilizado se os abririan tan facilmente? Desde vuestra despedida la raza francesa se ha agrandado bajo el régimen de las leyes constitucionales: nuestros hijos de catorcé años son gigantes: nuestros reclutas en Argel, nuestros alumnos en Paris acaban de mostraros de que son capaces los hijos de *Anstcrnitz*, de *Marengo*, de *Yena*, pero hijos robustecidos con las fuerzas que la libertad añade á la gloria.

No hay una defensa mas legítima y mas heróica que la del pueblo de Paris. No se ha levantado contra la ley, sino por la ley: mientras se respetó el pacto social, el pueblo quedó en sosiego: sobrellevó en silencio los insultos, las provocaciones, las amenazas: debia su dinero y su sangre en cambio de la Carta, y los prodigó entrambos.

Pero cuando, despues de haber mentido hasta la última hora, se decretó derrepente

la servidumbre: cuando estalló la conspiracion de la estupidez é hipocresia; cuando una venganza, organizada por enuncos, creyó poder reemplazar el terrorismo de la república y el ferreo yugo del imperio, entonces este pueblo se armó de su inteligencia y su valor, y mostró que los *tenderillos* respiraban sin repugnancia el humo de la pólvora, y que se necesitaba mas de *cuatro soldados y un cabo* para someterlos. Un siglo entero no hubiera madurado tanto los destinos de un pueblo, como los últimos tres soles que rayaron en Francia. Un gran crimen ha sido perpetrado, y ha producido la enérgica explosion de un principio. ¿Debemos, de resultas de este crimen y del triunfo moral y político que se ha conseguido, trastornar el orden de cosas establecido? Examinémoslo.

CARLOS X y su hijo fueron destronados, ó abdicaron, segun os parezca mejor: pero el trono no queda vacante. Tras de ellos está un infante. ¿Condenaremos su inocencia?

¿Qué sangre clama contra él? ¿Os atreveréis á decir que es la del padre? Este huérfano, educado en las escuelas públicas, en el amor del gobierno constituir

cional, y en las ideas del siglo, hubiera llegado á ser un rey apto á las necesidades del porvenir. Al encargado de su tutela se le habria hecho jurar la declaracion que vais á sancionar. En su mayoria el jóven principe hubiera renovado este juramento. El rey actual, el rey efectivo, hubiera sido el DUQUE DE ORLEANS, regente del reyno, principe que ha vivido cerca del pueblo, y que no desconoce que ahora la monarquia no puede ser si no un gobierno de consentimiento y de razon. Esta combinacion natural se me ofrece como un gran medio de conciliacion, y quizas hubiese librado á la Francia de esas conmociones violentas que son la consecuencia de mudanzas repentinas.

Pretender que este párvulo, separado de su familia, no tendria tiempo de olvidarla antes de ser adulto ; suponer que quedaria imbuido de ciertos dogmas de nacimiento, despues de una larga educacion popular, y de la terrible leccion que ha derribado á dos reyes en una noche : ¿ todo esto es admisible ?

No es por un instinto sentimental, ni por preocupaciones infantiles, transmitidas de

nodriza en nodriza desde la cuna de SAN LUIS hasta la del jóven ENRIQUE, que abogo por una causa, de que volveria á ser víctima si triunfase. No pretendo hacer novelas, ni aspiro al martirio. No creo en el derecho divino de los reyes, y sí creo en la fuerza de las revoluciones y de los hechos. Tampoco invoco la Carta: mis ideas arrancan desde mas arriba, y no salen de la esfera filosòfica de la época en que acaba mi vida. No trepido en proponer al DUQUE DE BURDEOS como un arbitrio de mejor quilate que aquel de que se argumenta. No ignoro que con desheredar á este infante, se quiere cimentar el principio de la soberania del pueblo: necedad de la antigua escuela, que prueba que en política nuestros viejos demócratas no han progresado mas que los veteranos del absolutismo. No hay soberania absoluta, porque la libertad no dimana del derecho político, como se pretendia en el XVIII siglo, si no del natural, y porque existe en todas las formas de gobierno: asi es que en una monarquia se puede ser libre y mucho mas libre que en una república. Pero no es tiempo ni lugar de hacer un curso de política.

Bastará observar que cuando el pueblo ha dispuesto de los tronos, ha dispuesto tambien de su libertad ; y que el principio de la sucesion hereditaria en una monarquia, absurdo á primera vista, ha sido reconocido en la práctica, como preferible al principio de la monarquia electiva. Las razones son tan evidentes que es superfluo enumerarlas. Hoy elijeis á un rey: ¿Quién os impedirá hacer lo mismo mañana?—**LA LEY**, contestareis.—¿La ley? ¡y vosotros la haceis !

Hay otro modo mas sencillo de cortar la contienda: declarando que ya no queremos la rama mayor de los Borbones. ¿Y por qué?—Porque somos vencedores en una causa justa y santa, y usamos de un doble derecho de conquista.

Muy bien : proclamais, pues, la soberania de la fuerza. Entonces procurad que nunca os abandone : porque si dentro de algunos meses, no sois los mas fuertes, no habrá quien os compadezca
 ¡Tal es la naturaleza humana ! Los espíritus mas ilustrados y mas rectos, no siempre se sobreponen á los acontecimientos. Eran los primeros, estos espíritus, en invo-

car el derecho contra la violencia ; lo apoyaban con toda la superioridad de su talento; y ahora, cuando la verdad de lo que sostenian queda confirmada por el abuso mas criminal de la fuerza, y por su misma destruccion, los vencedores se apoderan de la arma que han destrozado ! Peligrosos fragmentos que heriran sus manos, sin servirles.

He transportado el combate al terreno de mis adversarios : no he ido á acamparme en lo pasado, bajo la antigua bandera de los muertos: bandera que no es sin gloria, pero que pende inmovil de su asta sin que ningun aliento vital la agite. Aun cuando me empeñase en revolver el polvo de los treinta y cinco CAPETES, no sacaria de él un solo argumento que se quisiese escuchar. Ya se estinguiò la idolatria de un nombre : la monarquia no es mas un culto ; es una forma politica, preferible en la época presente, á cualquier otra, porque concilia mejor el órden con la libertad.

Inútil *Cassandra*, demasiado he cansado el trono y la patria con mis vanas y desatendidas admonestaciones. Ya no me queda

mas recurso que sentarme sobre las reliquias de un naufragio que he predicho tantas veces. Reconozco en las desgracias toda clase de poder, menos el de desligarme de mis juramentos de fidelidad. Debo tambien uniformar mi vida: despues de cuanto he hecho, dicho y escrito por los Borbones, seria el último de los hombres si los repudiase en el momento en que por tercera y última vez se encaminan hácia el destierro.

Dejo el temor á esos *generosos realistas*, que nunca sacrificaron un óbolo ó un empleo á su lealtad: á *estos campeones del altar y del trono*, que hace poco me calificaban de renegado, apostata y revolucionario. ¡Devotos libelistas!; ¡el renegado os llama! Venid, pues, á articular una sola palabra en pro del desdichado amo que os colmó de favores. Provocadores de *golpes de estado*, sostenedores del poder constituyente ¿donde estais? Os escondeis en el lodo de donde alzabais bravamente la frente para calumniar á los verdaderos servidores del rey: vuestro silencio de hoy es digno de vuestra vocingleria de ayer. No hay que

estrañarlos si esos balañrones, cuyas fanfarronadas han hecho botar á empellones á los descendientes de ENRIQUE IV, tiemblen ahora, agachados bajo la escarapela tricolor. Los nobles colores que llevan, protegen su persona y no cubren su oprobio.

Con todo, espresándome con franqueza en esta tribuna, de ningun modo pienso hacer un acto de heroismo: ya pasaron los tiempos en que una opinion costaba la vida; y si volviesen, hablaria cien veces mas fuerte. El mejor escudo es un pecho que no teme mostrarse descubierto al enemigo. No, señores, no tenemos que recelar de un pueblo cuya razon iguala á su valor; de esa generosa juventud que admiro, con la cual simpatizo con todas las facultades de mi alma, y á quien deseo, como á mi patria, honor, gloria y libertad.

Lejos de mi, sobre todo, el pensamiento de arrojar semillas de discordia en Francia: asi es que he despojado mi discurso del acento de las pasiones. Si estuviese intimamente convencido de que un niño debia ser dejado en los rangos oscuros y felices de la vida por afianzar el reposo de

treinta y tres millones de hombres, hubiera mirado como un crimen toda palabra contraria á las exigencias del momento. Este convencimiento me falta. Si tuviese el derecho de disponer de una corona, la pondria voluntariamente á los pies del DUQUE DE ORLEANS. Pero lo único que veo vacante es una tumba en San Dionisio (1) y no un trono.

Cualesquiera que sean los destinos que aguardan al señor Lugar Teniente General del reino, jamas seré su enemigo, si hace la felicidad de mi patria. Solo pido conservar la libertad de mi conciencia, y el derecho de ir á morir donde halle independencia y reposo.

Voto contra el proyecto de declaracion.

(1) Lugar cerca de Paris, destinado al entierro de los reyes de Francia.



*De la restauracion, y de la monarquía electiva,
ó respuesta á la interpelacion de algunos periódicos
sobre mi repulsa á servir el nuevo
Gobierno.*

Una pregunta oficiosa me ha sido hecha con repeticion por algunos escritores públicos : quieren que les explique porque me he resistido á servir una revolucion que consagra los principios que he defendido y propagado.

No habia olvidado esta pregunta, pero estaba resuelto á no contestarla : queria salir en paz del mundo político, como me despidió del literario en el prefacio de la gran obra con que finalizo la coleccion completa de mis escritos, y que saldrá á luz dentro de pocos dias. “¿Para qué, me decía á mí mismo, volver á alborotar las pasiones contra mí ? ¿No bastan las tormentas que han agitado mi vida, y no disfrutará algunas horas de descanso en el borde de mi tumba?”

Una mocion hecha en la Cámara de diputados ha cambiado mi resolucion. Seré comprendido por las almas generosas. Siento tener que turbar el último momento que

paso en el seno de mi familia, cuando solo aspiraba al reposo. Pero me considero empeñado en un compromiso de honor, y no puedo evitarlo.

Despues de las jornadas de julio no he abrumado al poder con mis quejas. He hablado de la monarquía electiva á los Pares de Francia, antes que fuese instalada, y vuelvo á hablar de ella á los franceses, despues de ocho meses de su existencia. Un acontecimiento extraordinario, la caida de tres reyes, me habia obligado á esplicarme : un motivo no menos grave, la proscripcion de esos mismos principes, no me permite callar. En este opúsculo (refutacion indirecta de la mocion hecha á las Cámaras legislativas) los partidos se hallarán mas ó menos agraviados. No me he propuesto lisongear á nadie y diré á todos verdades muy duras. No tengo motivo para disfrazarme : despojado del presente, sin contar mas que con un porvenir incierto despues de mi muerte, me intereso en que mi memoria no quede bajo el peso de mi silencio. No debo enmudecer, cuando se trata de una restauracion á la que he cooperado, á quien se insulta todos los dias, y que

se proscribe, en fin, bajo mis ojos. Sin relaciones, sin apoyo, á nadie comprometo, y quedo solo y exclusivamente responsable de mis acciones. Hombre solitario, confundido por casualidad en las cosas de este mundo, en disidencia de principios con todos; aislado en la restauracion, aislado despues de ella, quedo como siempre independiente de todos, escogiendo entre las varias opiniones las que me parecen buenas, desechando las que me parecen malas, sin pararme en la consideracion de agradar ó desagravar á los que las profesan.

En la edad mediana, en tiempos de desastres, se prendia á un religioso, se le encerraba en una torre, y se le obligaba á que ayunase á pan y agua por la salvacion del pueblo. Hay algo en mi vida que se parece á la del monge del siglo duodécimo. Tras del portillo de mi prision espiatoria, voy á predicar mi último sermon á los que pasen y que probablemente no lo escucharán.

Si la restauracion se hubiese verificado en 1796 ò en 1797, no hubiesemos tenido una Carta, ó la habriamos visto desaparecer en medio de las pasiones en tumulto.

BONAPARTE oprimió la libertad presente, pero preparó la futura, domando la revolucion, y acabando con los últimos restos de la antigua monarquia. Con su arado poderoso, arrastrado por la Gloria, labró un campo de ruinas y de muerte, y abrió los surcos en que debiamos sembrar la libertad constitucional.

El gobierno que sucedió al imperio, podia afianzarse con auxilio de la Carta, á pesar de los recelos que inspiraba, de los triunfos estrangeros de quienes fué un episodio, pero que se le acusó haber promovido.

La lejitimidad debia ser el poder personificado: convenia saturarla de libertades, para consolidarla, y entonces nos hubiera enseñado á hacer buen uso de ellas. Lejos de comprender esta necesidad, quiso acumular poder sobre poder, y pereció por el exceso de su principio.

Yo he sentido, porque la consideraba como mas indicada para completar nuestra educacion. Con 20 años mas de libertad sin sacudimientos, desaparecian las antiguas generaciones, y las costumbres de la Francia se hubieran modificado de tal

suerte, y la razon pública habria hecho tan grandes progresos, que podiamos arrostrar cualquier revolucion sin peligro.

La senda á que nos hemos arrojado es mas corta, pero ¿será mas acertada y segura ?

Hay dos clases de revolucionarios: los unos, y son los mas reducidos, desean la revolucion con la libertad, mientras que los otros que componen la gran mayoria, quieren la revolucion con el poder. Es una ilusion creer que nuestro ídolo es la libertad. La igualdad y la gloria son dos pasiones vitales de la patria, pero nuestro génio es enteramente militar:--la Francia es un soldado. Hemos clamado por la libertad en tanto que estaba en oposicion con un poder odiado, y que parecia contrariar las ideas nacionales: pero desde que este poder ha sido abatido y que la libertad ha triunfado, ¿quien se ocupa mas de ella ? yo, y otros cien beatos como yo. Por el mas pequeño alboroto que no esté en los intereses de sus opiniones, por la mas pequeña guerrilla de periódicos, el mas decidido partidario de la libertad de la prensa, invoca en alta ó baja voz á la censura. ¿ Quien de estos doctores tan

empeñados en otros tiempos en persuadirnos la utilidad de las leyes de excepcion; que despues abogaron por la libertad de la prensa cuando fueron destronados, y que se jactan ahora de haber sido constantes fautores de la libertad y de las garantias públicas; ¿quien de ellos no se complaceria en volver á ver al objeto de su ternura, á esa *sábida libertad*, que en sus labios quiere decir libertad en librea y transformada en portera de los ministros? ¿No se les oye repetir ya el viejo adagio de la impotencia! *¡Que es imposible gobernar así!*"

En mi último discurso á la tribuna de los Pares, he predicho que la monarquia del 29 de julio estaba en la forzosa alternativa de gloria ó de leyes de excepcion: vive por la prensa, y la prensa la mata; sin gloria será devorada por la libertad, y si ataca á la libertad, perecerá deshonrada. ¿Que hermoso seria, despues de haber espulsado á tres reyes con las trincheras (*barricades*) elevadas por la libertad de la prensa, volverlas á levantar para defendernos contra sus ataques! Y sin embargo ¿qué hacer? ¿La accion activa de los tribunales y de las leyes bastará á contener á los escritores?

Un gobierno nuevo es un niño que no puede moverse sin andaderas. ¿Volveremos á poner á la nacion en pañales? Ese terrible infanzon, que se ha criado en los bivaques, mamando sangre en el seno de la Victoria, se resignará á vivir en las fajas? No habia sino una antigua encina, profundamente arraigada en lo pasado, que podia arrostrar impunemente los huracanes de la prensa. Se disfrutó libertad en Francia en los tres primeros años de la revolucion, porque habia legitimidad : despues de la muerte de Luis XVI, ¿cual ha sido el rol de la libertad hasta la restauracion? Mató á todo en la república, y espiró bajo el imperio. Veremos el carácter que tome en la monarquia electiva.

Las dificultades de la nueva monarquía se manifiestan á cada paso. Está en choque con los gobiernos continentales y absolutos que la rodean: su mision es avanzar, y los que las dirijen no se atreven á hacerlo: no puede quedar estacionaria, ni retrògrada, y por temor de precipitarse, sus guías son uno y otro. Sus aliados naturales son los pueblos, y si los reniega no le queda ningun aliado. El Gobierno

actual marcha entre tres peligros:—el espectro revolucionario: un niño que juega en medio de las tumbas (1), y un jòven, á quien su padre ha dado lo pasado y su madre el porvenir. (2)

En el dia se conviene generalmente en que la restauracion fue un tiempo de opresion y el imperio una época de independencia:—dos mentiras flagrantes. ¡Cuanto no se admiraria de su corona cívica el *Liberal de la conscripcion* (3) si pudiese levantarse de su sepulcro! ¡El que metrallaba al pueblo el 13 de *vendimario* en los umbrales de San Roque, y que arrojó por las ventanas á la representacion nacional en San Cloud! La libertad de la prensa, la de la tribuna y la monarquía en las calles le parecerian elementos muy exóticos de su imperio. Se llega hasta sacrificar nuestra reputacion nacional á la de NAPOLEON: se diria que nada eramos sin él. Si queremos que se crea á nuestro liberalismo, precavamonos de caer en éxtasis ante el despotismo y sobrepongamos

(1) El partido republicano.

(2) El jòv Bouaparte.

(3) NAPOLEON.

el honor de la patria á la gloria de un hombre, por mas grande que se le repute.

En cuanto á la restauracion, los 15 años de su existencia con todos sus inconvenientes, sus faltas, su imbecilidad, sus tentativas de despotismo en las leyes, en los actos, y los extravios del espíritu que la dominaba; esos quince años, tomados en globo, son los mas libres que han disfrutado los franceses, desde el principio de su monarquia.

Desde seis meses estamos presenciando un milagro: todos los poderes están anodados, obedece el que quiere, y sin embargo la Francia está administrada, y se mantiene solo por efecto de los progresos de su razon. ¿Y bajo qué régimen ha hecho estos progresos? Acaso bajo las leyes de la Convencion y del Directorio ó bajo el absolutismo del Imperio? Nada de eso. Los ha hecho durante el régimen legal de la Carta, en el reino de la libertad de la tribuna y de la emancipacion de la prensa. Lo que me atrevo á decir ahora chocará las pasiones dominantes, pero no dudo que mis palabras se repi-

tan cuando se haya calmado la efervescencia que nos obceca.

Esos 15 años de la restauracion no han sido sin brillo: sus monumentos son, hermosos edificios, estatuas, canales, nuevos barrios en Paris, mercados, acueductos, mejoras por todas partes, la creacion de una marina militar, la libertad de la Grecia, una valiosa colonia en el abergue de los antiguos piratas, que los esfuerzos de toda la Europa durante tres siglos no habian podido destruir, un crédito público inmenso, una propiedad industrial, cuyo estado florido nada puede atestiguarlo mejor que las quiebras generales, la espantosa ruina de nuestras manufacturas y de nuestras plazas mercantiles desde el establecimiento de la monarquia electiva.

Oigo hablar de la humillacion de la Francia al tiempo de la restauracion. Los que se espresan asi arrostraban probablemente las balas de la guardia real al frente de la juventud en las tres memorables jornadas, y marcharán ahora en el sentido de la revolucion que han emprendido: serán los que han desafiado â los cosa-
cos y á los panduros; que han socorrido

á los pueblos que repitieron nuestro grito de libertad, y que han llevado nuestras generaciones belicosas hasta las orillas del Rin! Estos desdeñosos insultos á la restauracion me han hecho creer un dia que BONAPARTE, sacudiendo su polvo, habia hundido en la mar á la isla que lo encierra, y en tres brincos habia regresado entre nosotros, por las Piramides, Austerlitz y Marengo. He tendido la vista, y solo he apercebido á nuestros nobles campeones, tan sensibles á la afrenta nacional, pero en realidad los mejores hombres del mundo. Han conservado la paz de Europa, dejando acometer á los pueblos que han tenido la simpleza de fiarse en las declaraciones de *no intervencion*: mientras que esa legitimidad tan vilipendiada acreditó á veces que tenia sangre en las venas. Desde el Bidasoa se atrevió ir á Cadiz, á pesar de la Inglaterra: armò, peleò y venció en favor de la Grecia: se apoderó de Argel, bajo el cañon de Malta, y declaró que no largaria aquella conquista sino cuando y como le pareciese mejor.

El gobierno actual se sobrepone á otra

autoridad: renuncia á la Bélgica, á pesar de la nacion, deja pasar á deguello á los polacos, á pesar de la nacion, y tolera que el Austria ocupe Parma, Placencia, Bolonia y lo demas, á pesar de la nacion. Que continúe así, y no dude de que los gabinetes de Europa lo prefieran á la monarquia pasada: conseguirá su legitimidad de los gobiernos legítimos, como en cierta época los caballeros ganaban sus diplomas, no enristrando la lanza, sino quitandose el sombrero.

Si los que no han sido favorecidos por la restauracion la calumnian, no lo extraño: si otros, enemigos de la sangre de los Capetos, quieren proscribirlos, y opinan que no puede terminarse una revolucion sino cambiando la dinastia, tendré dificultad en esplicarme su encono, pero no en comprender su sistema. Si los verdaderos triunfadores de Julio se espresan con acritud contra los que suponen que amortiguaban su energia, me asocio á su ardor generoso y á sus esperanzas lisonjeras. Pero cuando los hombres que se dejaban remolcar por la restauracion, que solicitaban sus cintas y sus favores, que

aspiraban à ser ministros, y que disfrutaban hasta ahora sus pensiones y sus empleos: cuando estos hombres nos hablan à la faz del mundo de su desprecio por la restauracion: esto si que es intolerable. Pien-sen como quieran, pero sin manifestar sus opiniones; y sepan que los verdaderos amigos de esa misma restauracion la sostenian con honor y con libertad. Tengo entre manos cartas confidenciales de mi ilustre amigo el Sr. CANNING, que probarán á la posteridad, que la Francia, en tiempo de la restauracion, no estaba tan humillada, ni tan callada, ni tan desairada como aparentan creerlo. El emperador ALEJANDRO me subministraria otras pruebas irrecusables de este hecho. Conservo los testimonios de la confianza con que me honraba: me hacia escribir, que firmaria con los ojos vendados todos los tratados que le presentára en nombre de la Francia; y la diplomacia no ignora que jamas he dejado de reclamar, en nombre de mi patria, una division mas equitativa de Europa que la de los tratados de Viena. En un plan general, que habia hecho adoptar, y en que se hallaban comprendidas las co-

lonias españolas emancipadas, se nos asignaban otros límites, que no hubieran dejado á Paris, ocupado dos veces, á seis marchas de la caballería enemiga. Pero en este país de miserables intrigas, nunca se ha concedido á un hombre público el tiempo de hacer algo. Si el infante (1) á quien di mi voto en el mes de Julio, hubiese pasado al escrutinio real, si me hubiese llamado á sus consejos, si la tormenta del norte hubiese estallado (2), habria convocado á la jóven Francia al rededor de ENRIQUE V., para ayudarle á borrar la mancha de LUIS XV. ¡Que los ministros de la monarquía electiva se atrevan á hacer otro tanto! Cuando el gobierno actual haya peleado bajo la bandera tricolor como la restauracion lo ha hecho bajo la blanca, á presencia de la libertad de la prensa; cuando haya agrandado nuestro territorio, ilustrado nuestras armas, perfeccionado nuestras leyes, restablecido el órden, el crédito, el comercio, podrá insultar á la restauracion; hasta entonces es preciso que sea modesto. Le-

(1) El duque de Berdeos.

(2) La revolucion de Polonia.

vantemos el corazon y no la cabeza; y no hablen de la humillacion de la Francia, los que están de rodillas. Este orgullo es intempestivo. Los vencidos, que no son los vuestros, pueden aun, á pesar de sus heridas, recoger el guante y devolveros vuestros denuestos.

Y para decir algo de ese sistema de *no intervencion*, de que se hace tanto ruido, opino que un estadista jamas debe enunciar principios absolutos en la tribuna; porque los acontecimientos del dia siguiente pueden obligarle á retractarlos. Asi es que hemos presenciado la estraña confusion de los ministros que, no dejando de gritar que no intervendrian, intervenian sin cesaren las transacciones de Bélgica. El ministro de negocios extranjeros, por su propia confesion, habia declarado que la Francia no consentiria en la entrada de los austriacos á los paises insurreccionados de Italia; y los austriacos los han invadido. La Francia ha eallado, y un sin número de ciudadanos generosos, que habian obrado, confiandose en nuestras declaraciones, gimen ahora en los calabozos. Podian evitarse tan miserables contradicciones, circunscribiéndonos á las

reglas de política. Un gobierno no debe proclamar sino las doctrinas que puede y está decidido á sostener. Es menester sin duda que profese sentimientos de equidad, de libertad y de honor: pero no debe empeñarse ligeramente de palabra, para quedar libre de intervenir ó no, segun lo exigen las circunstancias y los intereses esenciales del Estado.

Es facil descubrir la clave del enigma. Hombres, que no habian comprendido bien la revolucion de Julio; que la recelaban y la suponian tan débil como ellos, han creido que la nueva monarquía no podia existir de derecho sin la inmediata sancion de todos los gabinetes europeos. En vez de obligarlos á ese reconocimiento, por una actitud de vigor y de grandeza, lo han solicitado por notas ministeriales, y han arrojado el principio de *no intervencion* para parapetarse con él. Despues de haber sido reconocidos (no por efecto del principio de *no intervencion*, sino por el miedo que inspirábamos á la Europa, á pesar de la humilde postura del Consejo) nos hemos hallado enredados en aquel principio

mal definido, y que habíamos proclamado para vivir en paz, y no con gloria.

Ciertamente no tenemos la obligación de declararnos los campeones de todos los pueblos que se alborotan sobre la tierra; pero tampoco debemos tenderles un lazo por nuestros discursos y declaraciones; ni estimularlos á que se lancen á empresas superiores á sus alcances; porque entonces su sangre recaería en nuestras cabezas. La Francia podía permanecer tranquila; pero si se ha ofrecido apadrinar á la Libertad en el duelo que sostiene contra el Poder, debe permanecer en la palestra y llenar sus deberes con sus buenos oficios, ó con la espada.

¿Se dirá por esto que aconsejaría la guerra, si tuviese el derecho de dar un consejo?—Desde cinco ó seis meses hubiera dicho sin trepidar :—“Aprovechad la nueva posición de la Francia, su energía, el entusiasmo de los pueblos, el miedo de los gabinetes, para lograr por tratados ó por las armas, los límites que faltan á su seguridad é independencia.” Esta condición era vital para un gobierno que hubiese comprendido el movimiento de Julio.

Ahora es tarde. La Europa ha sido testigo de nuestras tergiversaciones; los reyes han cobrado ánimo, los pueblos han desfallecido, y por haber sido engañados, se han hecho indiferentes ó contrarios. Nuestra revolucion ha perdido el carácter puro y distintivo de su origen, y no es mas que una revolucion vulgar, desde que hombres mediocres la han empeñado en una senda obscura. Lo que debía hacerse por el impulso natural de las masas, no puede realizarse ahora sino por arbitrios que desaprueba cualquier hombre honrado. La Francia ha sido tan mal administrada desde algunos meses que los ciudadanos ilustrados, de buen criterio y de sentimientos nobles, abrigan recelos para el orden interior en el caso de un rompimiento con el extranjero. ¿Nos hallamos pues realmente en la triste posicion de contentarnos con las promesas de los demas gabinetes de libranos de la guerra, y nos degradaremos hasta confesar, en contradiccion de los principios que hemos proclamado, que la Europa hará lo que quiera de nuestros vecinos, y que nos limitaremos á defender nuestro territorio, despues de habernos de-

clarado tan caballerezcamente por la *no intervencion*, y titulado los paladines de la libertad de los pueblos? ¿El honor de la Francia esta cifrada pues en la resistencia que opondrá á una invasion, y debemos tener por menos nuestro renombre y nuestra palabra? En verdad, si las faltas de las administraciones anteriores han puesto á la actual en la imperiosa necesidad de adoptar por prudencia un sistema que solo puede convenir á un gobierno débil, hay por que lamentar su suerte. Nos estamos armando para que los otros se desarmen; nos estamos arruinando para que no nos arruinen.... ¿ Quien hubiese creído que, despues de las jornadas de Julio, la Francia se veria reducida á dar pruebas tan humildes de su resignacion?

Al oír las declaraciones del dia, se creeria que los desterrados de Edimburgo no dejan ningun vacio. Lo que falta al presente es lo pasado.—¿Y qué es esto? contestan algunos; como si los siglos no se apiñasen los unos sobre los otros, y que pudiese aislarse al último, de los demas? ¿Como es que la desaparicion de un solo hombre de San Cloud ha obligado á la Francia

á prestar treinta millones al comercio, á vender doscientos millones de bosques del estado, á aumentar en un 55 centavos los impuestos territoriales, y en cincuenta el derecho de patente? La coronacion de ningun rey no nos ha costado tan caro como nuestra inauguracion republicana. Por mas que se borren los recuerdos, se raspen los lirios, se proscriban á los nombres y á las personas, nunca se llegará á ocultar el vacío inmenso que ha dejado en pos de sí una familia heredera de mil años. Se advierte por todas partes. Estos individuos, tan *insignificantes* para nosotros, han conmovido á la Europa entera en su caida. Por poco que los acontecimientos produzcan sus efectos naturales, la abdicacion de CARLOS X. ocasionará la de todos esos reyes góticos, grandes vasallos de lo pasado, bajo la soberania de los CAPETOS.

Los hombres de teorías pretenden que con la caida de la legitimidad hemos ganado el principio de la eleccion.

La eleccion es un derecho natural, primitivo, incontestable: pero corresponde á la infancia de las naciones; cuando á un pueblo oprimido y sin garantias legales no

le quedan mas elementos de libertad que la libre eleccion de otro gefe. En una civilizacion adelantada, en que hay leyes escritas, en que el principe no puede quebrantarlas sin armarlas contra sí, sin exponerse á ver pasar la corona á la cabeza de su heredero, la eleccion pierde su primer requisito, y solo conserva los peligros de su movilidad y de sus caprichos. En un estado político incompleto, el derecho de nombrar á sus representantes comprende á toda la constitucion: en un estado político perfeccionado, la constitucion se funda exclusivamente en el mismo derecho, purificado de toda su mezcla de intrigas, de ambicion, de anarquía, de insurreccion: por que si, por el abuso de este derecho, se puede llegar á cambiar una dinastia, se puede tambien multiplicarlas, encender guerras civiles, como en la antigua Polonia, favorecer la eleccion de tiranos militares, como en el imperio romano.

La eleccion remplaza al derecho inmutable de una dinastia perpetua, por el transitorio de un rey temporaneo: y este segundo derecho, que carece de solidéz, puede, segun el caracter del príncipe lla-

mado al trono, bajar hasta la anarquía, ó subir hasta el despotismo. Si, asustados por estos peligros, agregais la heredad á la eleccion, crias un anfibio político con la cabeza de un rey y la cola de un pueblo, y ese monstruo cumulará en sí los defectos de la eleccion y de la legitimidad, sin tener las ventajas de ninguna.

Marchamos todos hácia una revolucion general. Si la transformacion que se opera sigue su curso, sino encuentra obstáculos, si la razon popular continúa en su desarrollo progresivo, si la educacion moral de las clases intermedias no experimenta interrupcion, las naciones alcanzarán una igual libertad:—pero si esa transformacion sufre trabas, las naciones se nivelarán en un igual despotismo, que será efímero por el estado adelantado de las luces, pero feroz, y que preparará una larga disolucion social. En lo venidero, las *jornadas de Julio* engendrarán repúblicas permanentes, ó dictaduras militares pasajeras, que remplazarán al caos. Los reyes pueden aun salvar el órden y las monarquias, haciendo las concesiones oportunas é indispensables. ¿Pero consentirán en hacerlas? Lo dudo.

Preocupado de estas ideas, he permanecido como individuo, fiel á la que me ha parecido la mejor salvaguardia de las libertades públicas, y en el camino menos peligroso por el cual podiamos completarlas.

No tengo por cierto la pretencion de constituirme en misionero importuno de una política sentimental, ni en panegirista del *penacho* de ENRIQUE IV. Al tender la vista al espacio que separa la torre del *Templo* (1) del castillo de Edimburgo, hallaria acumuladas mas desgracias que siglos sobre una noble prosapia. Una Madre de dolores (2) ha quedado cargada con el peso mas grave, por ser la mas fuerte. ¿Cual es el corazon que no se despedaza al fijarse en ella? Sus padecimientos son tan sublimes que han llegado á ser una de las grandezas de la Francia. Pero al fin no es necesario ser rey. La Providencia mortifica á quien mas quiere, y las tribulaciones de la vida, tan pasajeras como ella, si pierden en los destinos generales de los pueblos.

(1) La prision de LUIS XVI.

(2) La duquesa de Berry.

No me enternezco por una catástrofe merecida. Se ha querido sostener el perjurio con el asesinato, y yo he sido el primero en proclamarlo, cuando me he negado á prestar homenaje al vencedor. La Carta habia sido *otorgada*; lo que no quiere decir que todos los derechos estaban de un lado, y ninguno del otro; porque por esa Carta *otorgada*, la Francia habia ofrecido mas de mil millones anuales, otros mil millones para los emigrados, y otro tanto para los extranjeros; de este modo el contrato se habia hecho *sinulagmático*; y para invalidarlo era preciso rembolsar todos los *millares de cuentos* cobrados, y volver á ocupar las antiguas posiciones fuera del pais. Entonces se habrian entablado otras negociaciones, para ver si la nacion consentia en reconocer la legitimidad sin la Carta.

Pero, por haber encontrado una oposicion constitucional en una Cámara, quien ha acreditado despues que no era ni faccion, ni república;—con el pretesto de conspiraciones que no existian, ó que solo habian existido hasta el año de 1823, despojar á toda una nacion de sus derechos;—

poner á la Francia en entredicho; era un odioso disparate que ha recibido su justo y condigno castigo. Si esa empresa de la imbecilidad y de la locura no se hubiese malogrado, la sangre hubiera corrido á torrentes. La debilidad victoriosa es implacable, y todas las palabras de los cortesanos y de los espiones brotaban venganza. Yó que hablo, habria caido entre sus primeras victimas, porque nada me hubiera impedido escribir; repeler la violencia; acometer al primero que me hubiese intimidado el arresto con un decreto en una mano y la ley en la otra. ¡Pues bien! A pesar de todas estas concesiones, persistiré en decir que una venganza ejercida sin prevision y sin límites es uno de los mas funestos acontecimientos para la libertad y la paz del mundo.

¿Qué queremos? ¿Qué buscamos? ¿Un nivel mas perfecto que el que está levantado sobre nuestras cabezas?—Pero la desigualdad renace de la misma naturaleza del hombre y de las cosas. ¡Cuantos revolucionarios enfurecidos por no haber descollado en el curso de la revolucion, volvieron contra si mismos las armas homicidas que

habian dirigido contra la sociedad! En su fátuo orgullo miraron al gorro colorado como una diadema, y el sanculotismo fué una especie de nobleza, cuyos patrones eran los *Marat* y los *Rosbepierre*. Despechados por encontrar la desigualdad hasta en el valle de dolores y de lágrimas; condenados á quedar plebeyos en la feudalidad de los niveladores y de los verdugos, se cortaron la garganta para substraerse de las notabilidades del crimen.

¿Volveremos á entregarnos á esos veteranos de la revolucion; á esos invalidos cortacabezas de 1793, para quienes no hay mayor fruicion que las batallas de la guillotina, y los triunfos de un verdugo sobre las doncellas de Verdun y el venerable anciano Malesherbes?—A los que creen que la generacion presente se dejará cortar el pescuezo con la misma resignacion que la anterior, y que seria posible restablecer el asesinato legal de ese *magnífico reinado del terror*? Y todo esto para volver á arrojar á la Francia, ensangrentada y agonizante, bajo el sable de un **BONAPARTE**, rodeado de mordazas, de esposas, de cepos y otros avios imperiales.

Por otra parte ¿quién querría contribuir al triunfo de ese viejo partido realista, lleno de honor y probidad, pero cuyo entendimiento es como una bóveda obscura, sin portillos ni respiraderos para recibir el mas pequeño rayo de luz? Ese antiguo y respetable partido reincidiría mañana en las mismas faltas de la víspera. Juguete de los hipócritas, de los intrigantes, de los estafadores y de los espías, pasa su vida en pequeñas *manganillas* que toma por grandes conspiraciones. Entre los que sacrificarían todas nuestras libertades para conseguir el puesto mas subalterno al servicio de la legitimidad, y los que las venderían al precio de sangre á un usurpador de su eleccion, los hombres que no pertenecen ni á unos ni á otros, quedan inmóviles, porque no es tan facil decidirse.

Nunca me he dejado amedrentar por los sistemas políticos: me he rozado con todos, y puedo decir que no hay ninguno que no he meditado cien y cien veces. El resultado de tantas investigaciones ha sido que ahora no creo ni á los pueblos ni á los reyes; y solo confio en la inteligencia y en los progresos naturales de las sociedades.

Nadie mas que yo está convencido de la perfectibilidad de la naturaleza humana ; pero no tolero que los que hablan de porvenir, vendan por nuevos los trapos colgados desde dos mil años en las escuelas de los filósofos griegos, y en los sermones de los heresiarcas cristianos. Tengo que prevenir á los jóvenes que cuando les hablan de comunidad de bienes, mugeres é hijos; de mezclas de cuerpos y almas; de panteísmo, del culto de la *razon pura &c.*; los embaucan si les dicen que son descubrimientos de nuestro siglo.

Estas novedades son las mas viejas, como las mas ridículas quimeras. ¡ Qué no piense en derribar las columnas del templo, porque podria enterrar su porvenir ! Mas de una vez los franceses se han sepultado bajo los escombros que han hecho.

Libre de recelos y preocupaciones, si deploro un trastorno demasiado rápido, no es por mí, sino por mi país. Mis deseos eran que nos detuviésemos ante la inocencia y el infortunio. La barrera era hermosa y el estandarte de la libertad que se hubiera afianzado en ella, podia desafiar las tormentas y reunir á todos los partidos.

La juventud hubiera sido convidada á tomar posesion de una era que le pertenece. Se salvaban dos escalones; nos librabamos de 25 ó de 30 años de caducidad; entronizabamos á un infante que se hubiera criado en las ideas del siglo, amoldado á las opiniones y exigencias de la patria: se hubieran hecho todos los cambios que se deseaban en la Carta y en las leyes. Añádase la gloria tan fácil á adquirirse bajo el cetro de un príncipe rodeado del amor de una nación poderosa; y vease si no podia hacerse de su reinado una de las épocas mas brillantes de la Francia.

Cuando digo que la juventud hubiera sido puesta en posesion de su herencia natural, nada siento que no pueda justificarse. La Restauracion no proscribió á ningun talento, como lo prueban los que han subido despues al mando. El mariscal *Soult*, el baron *Louis*, han sido ministros de Luis XVIII. El Sr. de *Villèle*, poco antes de su caida, propuso por ministro de hacienda al Sr. *Lafitte*; y despues de caido, cuando se me brindó con el ministerio, acepté. pero bajo la condicion de que los *SS. Casimir Perrier, Sebastiani y Royer Co-*

llard entrasen conmigo, lo que no pudo realizarse por entonces. Parece que **Carlos X.** recordó en San Cloud mi propuesta, cuando nombró al Sr. *Casimir Perrier* ministro de hacienda de **ENRIQUE V.** En 1829, se ofreció el departamento de marina al Sr. *Rigny*. Los **SS. Argout y Montalivet** son pares de la legitimidad, y el segundo de ellos no solo ha heredado los títulos del padre, sino que ha acumulado los colaterales de su hermano:—favor merecido sin duda, pero que no deja de ser singular.— En verdad, creo que la Restauracion á nadie ha repudiado mas cordialmente que á mí.

Pero ¿podíamos fijarnos en **ENRIQUE V?**
—Sí: con menos cobardia de una parte, y mas sangre fria de la otra. Se pretende que un rey menor no podia sostenerse al lado de un monarca que habia abdicado; que las intrigas de la antigua corte hubieran conmovido su trono; que dos poderes, uno de derecho y otro de hecho, en lucha en el estado, lo hubieran destruido; en fin que no nos hubieramos librado de la pretencion del poder primitivo constituyente, ni del derecho divino.

Yo no abrigo estos recelos y creo mas bien que llamando al rededor de ENRIQUE DE BEARN (1) á los hombres de influjo que no se habian mancomunado con la monarquia electiva, á todos los géfes enérgicos del partido liberal y militar, á todos los talentos y á toda la juventud, hubiese sido muy facil acallar á los cortesanos, á los inquisidores y á los publicistas del *San Germain* y de *Fontainebleau*. Por otra parte la experiencia enseña que un rey destronado conserva poco prestigio; y si CARLOS X con su hijo se hubiesen fijado en Francia, lejos de ser atendidos y buscados, se hubieran visto muy pronto condenados al mas completo aislamiento.

Pero ¿supóngase lo contrario?—¿No podia emprenderse entonces lo que se hizo el 6 de agosto, y con la ventaja de haber convencido practicamente á la la Francia que era tan imposible ampararse de la ra-

(1) Béarn es el nombre de una antigua provincia de Francia, cuya capital es Pau, donde nació ENRIQUE IV, el rey mas popular de la dinastia de los Borbones; y por llamarse tambien Enrique el jóven duque de Burdeos, el Sr. Chateaubriand le dá el titulo de ENRIQUE DE BEARN.

ma primogénita de los Borbones, como inevitable proceder á la eleccion de un nuevo rey? En fin, aunque concediendo que era útil desheredar sin oírle á ese huérfano, privado en el suelo francés de su padre, de su corona y de su tumba; admitiendo que su reinado no hubiese sido próspero; ¿ os atreveréis á sostener que es mejor vuestra suerte actual y mas seguro vuestro porvenir?

De todos modos hubiera preferido un congreso nacional para decidir lo que habia que hacer, que empavezar una diligencia con la bandera tricolor y en cargarla de ir reorganizando en su tránsito á un gobierno para 33 millones de habitantes. Dudo que los que empezaron el movimiento, lo deseaban tan pronto.

Cada pueblo tiene sus defectos: el pueblo francés, que peca por demasiada precipitacion, salva todas las barreras y se halla casi siempre mas allá del término prefijado. En lo moral y en lo físico, acostumbramos perder de vista al objeto de nuestros esfuerzos; *arrollar* las ideas, como lo haríamos con con nuestros enemigos. Nuestros ejércitos debían de-

tenerse en el Rin, y se fueron á Moscou, y querian irse á las Indias.

El gobierno actual me protege como á un extranjero pacífico: sus leyes me imponen respeto y agradecimiento en tanto que piso el suelo en que se me permite respirar. Le deseo prosperidad; porque, antes que todo, anhelo por la de la Francia. Sus ministros son honrados, y algunos de ellos hábiles. El gefe del estado merece consideraciones: á nadie ofende, no ha vertido una sola gota de sangre, se sobrepone á los ataques, y comprende la fé jurada en otros altares que en los suyos. Esta conducta es digna y real; pero no basta para desnaturalizar los hechos. No puedo servir al gobierno existente, porque temo que no logre establecer el órden sin oprimir la libertad, y porque si quiere conservarla, lo creo espuesto á caer en la anarquia.

Con todo, podria engañarme, y lo celebraria. En Francia se nota un cansancio en los hombres, que podria muy bien conducirlos al reposo. La incertidumbre del porvenir es tan grande; el punto del horizonte, de donde brotará la luz, tan dudoso

y tan general desde 40 años la costumbre de cambiar de gobierno, de contentarnos con todo y con nada, de mirar con horror la repetición de los crímenes y de los desastres de la revolución, que no estrañaría si las cosas tuviesen un desenlace menos funesto que lo que recelo, y tan favorable como lo deseo. ¡Quizá se forme una Cámara, que, sobreponiéndose á los poderes reales harto débiles para enfrenar las opiniones, constituya una república que amalgame la libertad con el orden!—¡Quizá aparezca algun genio capaz de dominar el tiempo!—¡Quizá algun accidente imprevisto, algun secreto de la Providencia, lo compondrá todo! Los hechos no serian lógicos; desmentirian todas las previsiones y todos los cálculos:—existe tal vez en el pueblo un caudal bastante de moderación y de luces para vencer los obstáculos, para amortiguar ó rebatir los golpes de la prensa periódica—¡Dios quiera que la Francia sea libre, gloriosa y feliz, sean cuales fueren los hombres y los arbitrios que se empleen para conseguirlo! Nunca dejaré de bendecir al cielo.

Las razones generales que me han re-

traido de reconocer á la monarquía electiva se deducen de lo que acabo de apuntar; y en cuanto á los motivos personales de mi conducta, es aun mas fácil comprenderlos. No he querido ponerme en contradicción con mi mismo; ni armar mi largo pasado contra mi corto porvenir; ni sonrojarme por cada palabra que profríese; ni tener que bajar los ojos al volver á leer lo que he escrito. Las jornadas de Julio me han arrebatado todo, excepto el aprecio público, y he querido conservarlo.

Si la moción hecha de condenar á un destierro perpetuo á la familia destronada, se considera como un corolario de la caída de aquella familia, esta necesidad establece otra para mí en sentido inverso:— la de separarme de lo que existe, y de anunciar públicamente semejante resolución. En las varias categorías de las personas adictas al órden actual no apercibo ninguna que pueda convenirme.

Hay hombres que, imbuidos de sus talentos y de sus virtudes, consagran sus servicios á la patria, cuando no pueden conservar la forma de gobierno que prefieren. Los admiro, pero me considero demasiado

insignificante para abrigar semejante pretencion.

Hay hombres que han desheredado á CARLOS X y á sus descendientes por deber y con el firme convencimiento de que era lo mejor que podian hacer para salvar á la Francia.—Si lo han creído así, han hecho bien: pero yo que no lo creo, no debo imitarlos.

Hay hombres que no podian interrumpir su carrera, ni comprometer los intereses de su familia, ni privar á su país de sus luces, solo porque se le habia antojado al gobierno hacer disparate. No hay que censurarlos, si han adoptado al nuevo poder. Si cada vez que cae un monarca todos sus subditos, grandes y pequeños, tuviesen que precipitarse con él, la sociedad estaria en continua agonía. Un rey debe cumplir con su palabra; cuando falte, los súbditos ó los ciudadanos quedan exonerados de sus compromisos.—Pero los antecedentes de mi vida no me permiten adoptar esta regla general, y me he considerado en un caso de excepcion.

Hay hombres que aborrecen á los Borbones y que han jurado su esterminio. Creo

que es ya tiempo de renunciar al sistema de proscripciones y de destierros. Como ministro y como embajador he hecho cuanto he podido para favorecer á la familia de BONAPARTE, que puede desmentirme si no digo la verdad: y si hubiese dependido de mí hacerla regresar á Francia, y aun restablecer encima de la columna *Vandoma* la estatua de NAPOLEON, lo hubiera hecho. Este era mi modo de afianzar la monarquia lejí-tima, y me parecia que la Libertad debia mirar en la cara á la Gloria.

Hay hombres, fautores de la soberanía del pueblo, que han querido hacer triunfar ese principio rancio de la antigua escuela política.—Yo no creo en el derecho divino, pero tampoco en la soberanía del pueblo: puedo muy bien pasar sin rey, pero no me creo con derecho para someter á nadie á un principe de mi eleccion; y si debiamos proclamar á un monarca, ENRIQUE DE BEARN me parecia preferible para el órden y la libertad de Francia. He votado en favor de ENRIQUE V., cuando el que estaba sentado á mi derecha eligió á LUIS FELIPE I, el de la izquierda á NAPO-

LEON II, y el que tenia enfrente á la República.

Hay hombres que despues de prestado su juramento á la república *una é indivisible*, al directorio en cinco personas, al consulado en tres, al imperio en una, á la primera restauracion, al acto adicional, á las constituciones del imperio, á la segunda restauracion, les queda aun algo que *prestar* á LUIS FELIPE.—Yo no soy tan rico.

Hay hombres que en el mes de julio se decidieron en la plaza de GREVE, como esos pastores romanos que juegan á *cruz ó cara* en medio de las ruinas. Estos hombres no han visto en la última revolucion sino un golpe de dados; y con tal que dure lo preciso para probar fortuna, *venga lo que viniere*. Estos hombres llaman tontos y necios á los que no circunscriben la política á los intereses privados.—Yo me declaro un necio y un tonto.

Hay hombres tímidos, que no hubieran jurado, sino hubiesen temido que los degollaban á ellos, á sus abuelos, á sus nietos y á todo el mundo. Esta es una enfermedad física que nunca he experimentado. Aguar-

daré que se me pegue, y entonces veremos lo que hay que hacer.

Hay grandes dignitarios del Imperio, que no pueden separarse de sus pensiones, sea cual fuere le mano que las haya decretado. Para ellos una pension es un sacramento, y tan indisoluble como el del matrimonio ó del sacerdocio. Un pensionista debe serlo á perpctuidad; y como las pensiones han quedado á cargo del erario, ellos se consideran obligados á continuar gravitando sobre él.—Yo estoy acostumbrado á vivir en divorcio con la fortuna; y como no soy jóven, la deajo por temor que no me abandone.

Hay satélites del trono y del altar que no han reprobado los decretos de julio, sino la insuficiencia de arbitrios empleados para ejecutarlos. Su bilis se ha inflamado al ver que se habia faltado al despotismo, y se han ido á sentar en otra antesala.—Me es imposible participar de su indignacion y de su morada.

Hay hombres de conciencia que ceden á la fuerza, sin dejar de respetar el derecho. Deploran la suerte de ese desdichado CARLOS X., que arrastraron á su pérdida por sus

consejos, y lo acometieron despues con sus juramentos. Si él ó su dinastia resucitasen, serían los mas acérrimos defensores de la legitimidad.—Yo nunca he podido olvidar á los muertos, y acompaño al féretro de la antigua monarquia como el perro del pobre.

En fin hay hombres leales, que llevan en su faltriquera dispensas de honor y permisos de infidelidad.—Por mas que registro mis bolsillos, nada encuentro de eso.

Era el hombre de la restauracion *posible*, de la restauracion con todas las libertades. Esta restauracion me ha tomado por enemigo;—se ha perdido—debo sucumbir con ella. ¿Hilvanaré los pocos años que me quedan con un nuevo sistema, como esos volados que las mugeres arrastran de tertulia en tertulia y que á todos es permitido pisar? Si me pusiese al frente de la generacion presente, me haria sospechoso: tras de ella, no es mi lugar. Conservo intactas todas mis facultades y mejor que nadie sé comprender mi siglo, y tender la vista hácia el porvenir. Pero la suerte ha fallado, y salir á propósito de la palestra, es una

condicion indispensable del hombre público.

Concluiré con una advertencia que considero necesaria para prevenir cualquiera equivocacion.

Se asegura generalmente que los titulados realistas solo aspiran á armar á la Europa contra la Francia. ¡ Pues bien! El dia en que la Francia sea amagada, mis deberes no serán los mismos. No quiero engañar á nadie, y seré fiel á mi patria como lo he sido á mis juramentos. ¡ Realistas! (si los hay que concitan á las bayonetas extranjeras), no os equivoqueis sobre mis sentimientos. Continudad á aborrecerme y á calumniarme: no dejaré de ser un *renegado* para vosotros, y un profundo abismo nos separa. Como no trepidaria ahora en sacrificar mi vida al *hijo de la adversidad*, si mi voz tuviese algun valor, la levantaria mañana para reunir á los franceses contra el extranjero que nos llevase en sus brazos á ENRIQUE V.

Si tuviese el honor de pertenecer aun á la Cámara de Pares, hubiera espresado en la tribuna lo que he vertido en este folleto; sin mas reticencia que lo que se refiere

al juramento, porque mi posición hubiese sido distinta. Mi voz será tal vez importuna: pero consuélense mis antagonistas: si todo queda en el pie actual, se oirá por última vez en asuntos políticos. En víspera de separarme de mi patria, para ir á morir en una tierra estraña, desearia que no hubiese mas franceses desterrados que yo: quisiera que la ley de proscripción no fuese adoptada, y no he tenido mas objeto al publicar este escrito.

En el mes de Agosto, pedia una corona para el duque de Burdeos: lo único que solicito ahora es que no se le quite la esperanza de conservar una tumba en su patria.



WASHINGTON Y BONAPARTE.

Cuando llegué á Filadelfia, el general WASHINGTON no estaba allí. Me fué preciso esperararlo quince días: el regresó. Lo ví pasar en su coche que llevaban con rapidez cuatro briosos caballos conducidos con largas bridas. Washington, segun mis ideas, debia ser un Cincinato. Cincinato en coche trastornaba un poco mi República del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser otra cosa que un rustico, picando sus hueyes con el aguijon, y teniendo la esteva? Pero cuando fuí á llevar mi carta de recomendacion, encontré la simplicidad de un viejo romano.

Una casita á la moda inglesa, semejante á las cercanas, era el palacio del presidente de los Estados Unidos: no habia guardias, ni aun criados. Toqué: una sirvienta abrió. Le pregunté si el general estaba en casa: me contestó que sí. Le dije que tenia una carta que entregarle: me preguntó mi nombre, difícil era pronunciarlo en inglés, y no pudo retenerlo. Entonces me dijo con dulzura: *Walk*:

on, Sir; (entre Vd. Sr.), y marchó delante por uno de esos estrechos y largos corredores que sirven de vestíbulo á las casas inglesas: me introdujo en una sala donde me suplicó esperase al general.

Yo no estaba alterado. La grandeza de alma ò de fortuna de ningun modo me imponen: admiro la primera, sin abatirme; la segunda me inspira mas compasion que respeto. La presencia de un hombre nunca me turbará.

Al cabo de algunos minutos entró el general. Era un hombre de gran talla, de un aire calmoso y frio mas bien que noble: era parecido á sus retratos. Le presenté mi carta en silencio: la abrió. ¡*El coronel Armand*: asi es como se llamaba, y habia firmado el *marquez de la Rouerie*.

Nos sentamos: le espliqué lijeramente el motivo de mi viage: él me respondia por monosílabos franceses é ingleses, y me escuchaba con una especie de asombro. Lo noté, y le dije con alguna vivacidad: “pero es mas fácil descubrir el “paso de noroeste, que crear un pueblo “como V. lo ha hecho.” ¡*Well, well, young*

man! exclamó, tendiéndome la mano. Me convidô á comer para el dia siguiente, y nos separamos.

Fui puntual á la cita. Cinco ó seis eramos todos los convidados. La conversacion casi toda roló sobre la revolucion francesa. El general nos mostrò una llave de la Bastilla: estas llaves de la Bastilla eran jugetes bastantes tontos, que se esparcian entonces en los dos mundos. Si Washington hubiese visto como yo á los vencedores de la Bastilla en los arroyos de Paris, hubiera creido menos en su reliquia. Lo crítico y fuerte de la revolucion no estaba en esos desórdenes sangrientos. Cuando la revolucion del edicto de Nantes en 1685, el mismo populacho del barrio de San Antonio demolió el templo protestante de Charenton con tanto celo como devastó la iglesia de San Dionisio en 1793.

Me separé de mi huesped á las diez de la noche, y nunca he vuelto á verle: el dia siguiente se fué al campo, y yo continué mi viaje.

Tal fué mi encuentro con este hombre que ha libertado á todo un mundo. Was-

hington bajò á la tumba antes que mi nombre se hubiese hecho celebre; yo he sido á su vista un ser el mas desconocido: el estaba en todo su esplendor, y yo en toda mi oscuridad. Mi nombre no permaneciò tal vez un dia entero en su memoria. Emperô ¡feliz de que me haya dirigido sus miradas! Yo me he sentido inflamado por ellas lo restantes de mi vida: hay una virtud particular en las miradas de un grande hombre.

He visto despues á BONAPARTE; así la Providencia me ha mostrado los dos personajes que ha tenido á bien poner á la cabeza de los destinos de su siglo.

Si se comparan Washington y Bonaparte, hombre á hombre, el genio del primero parece de un vuelo menos elevado que el del segundo. Washington no pertenece á esa raza de Alejandros y Cesares que excede la estatura de la especie humana. Nada asombroso hay en su persona: el no combate con los mas hábiles capitanes y mas poderosos monarcas de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre de Menfis á Viena, ni de Cadiz á Moscow: se defiende con un puñado de

ciudadanos en un país sin recuerdos y sin celebrad, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No presenta esas batallas que renuevan los sangrientos triunfos de Arbelas y Farsalia, no derroca tronos para recompensar á otros con sus fragmentos: *no pone el pié sobre el cuello de los reyes*: no les hace decir sobre el vestíbulo de su palacio

“ Qu'ils se font trop attendre, et qu'Attila s'ennuie.”

Las acciones de Washington encierran algo de silencioso, obra con lentitud: se diría que se cree el mandatario de la libertad futura, y que teme comprometerla. No es su destino el que dirige á este héroe de especie nueva: es el de su país; no se atreve á jugar lo que no le pertenece. ¡Pero de esta profunda oscuridad cuanta luz va á salir! Buscad los bosques incógnitos en que brilló la espada de Washington ¿Qué encontrarais en ellos? ¿Tumbas? ¡no! ¡Un mundo! Washington ha dejado por trofeos en el campo de batalla, á los Estados Unidos.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de este grave americano. El combate en un

pais antiguo, rodeado de brillo y ruido; no quiere crear sino su fama; no se encarga sino de su propia suerte. Parece conocer que su mision será corta; que el torrente que se despeña desde tan alto pasará prontamente, y se apresura á gozar y abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. Semejante á los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro brincos al extremo del mundo. El aparece en todas las riveras; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos; reparte de paso coronas á su familia y sus soldados; se contenta con sus monumentos, con sus leyes, con sus victorias. Inclinado sobre el mundo, con una mano abate los reyes, con la otra anada al gigante revolucionario; pero destruyendo la anarquia ahoga la libertad y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras. Washington eleva una nacion á la independendencia; retirado de la primera magistratura, muere tranquilamente bajo el techo paternal en medio de los llantos de

sus compatriotas, y de la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte quita á una nacion su independencia. Emperador destronado se precipita en un destierro, donde la tierra en su miedo no lo cree aun bastante aprisionado bajo la custodia del oceano. En los momentos en que el lucha con la muerte, débil y encadenado en una roca, la Europa no se atreve á soltar las armas. Espira, y esta noticia publicada á la puerta del palacio en que el conquistador habia hecho proclamar tantos funerales, ni detiene ni sorprende al pasagero. ¿Qué tenian que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste; el imperio de Bonaparte está destruido: este imperio ha corrido entre el primero y segundo viage de un francés, que ha encontrado una nacion agradecida alli donde habia combatido por algunos colonos tiranizados.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república: nacidos los dos de la libertad, el primero le ha sido fiel, el segundo la ha vendido. La eleccion

que han hecho hará que sea diferente el resto de sus días.

El nombre de Washington se esparcirá con la libertad de siglo en siglo, señalando el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte será también repetido por las generaciones venideras; pero no unido á bendición alguna, y servirá de autoridad á los opresores grandes ó pequeños.

Washington ha sido enteramente el representante de las necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; y lejos de contrariar el vuelo del espíritu, lo ha favorecido: ha querido lo que debía querer: la misma cosa á que era llamado: de hay la coherencia y estabilidad de su obra. Este hombre, que impone poco porque es natural, y en justas proporciones, ha confundido su existencia con la de su país: su gloria es el patriotismo común de los progresos de la civilización; su fama se eleva como uno de esos santuarios de que sale un manantial inagotable para el público.

Bonaparte podía igualmente enriquecer

al tesoro público: el obraba con la nación mas civilizada, mas inteligente, mas brava y mas brillante de la tierra. ¿Cuál sería el rango que ocupase en el mundo, si hubiera unido la magnanimidad á lo que tenia de heróico; si como Washington, hubiera nombrado á la libertad heredera de su gloria.

Pero este desmesurado gigante no ligó sus destinos con los de sus contemporáneos: su génio pertenece á la edad moderna; su ambicion era de los tiempos antiguos. El no echó de ver que los milagros de su vida excedian en mucho al valor de un diadema, y que este ornamento gótico le vendria mal. Tan pronto daba un paso con el siglo, como retrocedia á lo pasado, y ya contrariase ó siguiese el curso de los tiempos, por su prodigiosa fuerza arrastraba ó contenia sus olas.

Los hombres no fueron á sus ojos, sino medios de poder. Ninguna relacion estableció entre la felicidad de ellos y la suya. El habia prometido libertarlos, y los encadenó; se aisló de ellos, ellos se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus piramides fúnebres, no en campi-

ñas floridas, sino en medio de arenales esteriles. Estas grandes tumbas se elevan como la eternidad en el desierto. Del mismo modo ha construido Bonaparte el monumento de su fama.



NAPOLEON Y CROMWELL.

La historia no presenta nombres mas brillantes que los de aquellos héroes que han fundado monarquias en los arcombros de las instituciones republicanas. Su gloria no es pura, pero eclipsa con su esplendor la de todos los otros nombres. Usurpar el dominio de un pueblo antes esclavizado, sentirse en un trono sólido, arrebatarse un cetro á que ya todos tributaban homenaje, no prueba talentos extraordinarios, osadía ni grandeza. La historia del imperio romano y de las monarquias asiáticas está llena de revoluciones efectuadas por los caprichos de la soldadesca, de los cortesanos ò del populacho, y cuyo fruto ha sido recogido por hombres comunes. Pero un estado libre, que ha conquistado la libertad á precio de su sangre; una república cuyos magistrados se miran como esclavos de las leyes; en que hierve y fermenta la agitacion de los partidos; en que la guerra de las facciones tiene su tactica y se ha convertido en un principio de existencia, es difícil de subyugar. Es preciso, como el

conquistador mitológico de India, encadenar tigres y someterlos al yugo. El usurpador no encuentra pueblos educados en la servidumbre, bestias de carga que se dejan dirigir docilmente por el nuevo amo. Tiene que uncir á su carro, que hacer servir á su triunfo, que acostumar al freno aquellos caractéres fogosos á quienes anima todavía la turbulencia de las guerras civiles. La empresa será meritoria ó culpable ; pero sólo un grande hombre puede llevarla al cabo, y si lo consigue, es á fuerza de valor, actividad, energía, constancia, de virtudes brillantes ó de vicios espléndidos que puedan parecer virtudes al pueblo deslumbrado.

Esta clase de hombres es necesariamente poco numerosa. Padres de la tiranía y herederos de la libertad, reyes entre los ciudadanos, y ciudadanos entre los reyes, reúnen los caractéres del sistema que han destruido y del que han creado. Sus reinados resplandecen con una luz doble, y los últimos rayos de la libertad moribunda vienen á confundirse en ellos con los brillantes albores de la aurora de un imperio. Un prestigio, que se debe á un mismo

tiempo á las instituciones republicanas y á las monarquias, circunda su trono y hace resaltar sus calidades. Entre ellos y los principes encorvados, que en sus pañales de púrpura perdieron la fuerza necesaria para sostener una corona hereditaria, hay tanta diferencia, como entre los altivos compañeros de Vasco de Gama y la degenerada poblacion que habita ahora las playas conquistadas por sus mayores.

César, Cromwell y Napoleon ocupan el primer lugar entre estos hombres raros; triunvirato singular, en que CESAR nos parece llevarse la palma sobre sus dos rivales. CESAR juntaba los talentos de NAPOLEON á los de CROMWELL; gran capitán, orador de primer orden, escritor elegante, dotado de elocuencia, de ingenio y de esquisito gusto, careció de los defectos del uno y del otro; y las dotes brillantes, las gracias seductoras que faltaban á estos, prestaron un nuevo lustre al caracter del dictador romano.

Entre Cromwell y Napoleon las diferencias saltan á la vista, y las analogias son numerosas. Napoleon tuvo mas fecundidad de recursos, un espíritu mas fértil, una ac-

tividad mas devoradora: fue el Voltaire de la política; su niñez fue un milagro. Cromwell le aventajaba en el juicio, la razon, el pulso, la cordura. La inteligencia del uno era mas viva, mas ligera, mas ardiente, mas creadora: la del otro mas robusta y mas sana. El uno criado en los principios del jacobinismo, el otro amamantado por aquella monstruosa quimera del fanatismo puritano, debieron guardar algunos resabios de esta educacion de su espíritu. Pero Cromwell, á pesar de su absurdo fanatismo, acabò grandes cosas y murió en su palacio. Napoleon, olvidando su origen y desprendiéndose del pueblo para figurar entre los reyes, cavò el sepulcro de su poder. Si hay en el reynado de Cromwell menos brillo, menos prodijios, menos conquistas, menos peripecias inesperadas y repentinas, no cayó en ninguno de los yerros que precipitaron á Napoleon del trono de Europa. Cromwell no comprometió su destino en una lucha insensata contra los elementos. Jamas, en medio de su sombría supersticion, se dejó dominar por un presuntuoso fatalismo, la mas peligrosa de todas las calidades; jamás se vió la violencia indecente

de una cólera pueril suceder en él á la insolente embriaguez de la fortuna. Mas familiar, mas áspero, mas grosero en sus hábitos, no mezcló grotescamente, para formar su corte, las etiquetas aristocráticas con la avilantez de los cuarteles y la servilidad asiática. Cromwell no vió jamas diez testas coronadas ir á saludarle por las mañanas, y disputarse su sonrisa. Simple y natural, despues de su elevacion como antes de ella, el Protector no se despojó de sus modales plebeyos: pero estos no le impidieron hacer temblar á la Europa, ni menoscabaron el respeto y la obediencia de sus compatriotas. Napoleon tuvo algo de teatral en su grandeza. Cromwell, cuya familiaridad era tosca y muchas veces baja, llevó al trono una energia enteramente popular, y se desdeñó de ocultarla bajo un barniz de falsa elegancia. Implacable desde que se trataba del honor de su patria, oía con paciencia los insultos de aquel cuácaro delirante que le llenaba de invectivas en su palacio mismo, y no dió mas castigo á este fanático, que admitirle á su gracia y sentarle á su propia mesa. Tales fueron algunas de las grandes cali-

dades de Cromwell. Como Napoleon, habia nacido para mandar: inquieto y embarazado en una situacion inferior, cuanto mas se elevaba, mayor era su serenidad y confianza en sí mismo, mayor su perspicacia y la seguridad de su mirada. Su capacidad parecia crecer con su fortuna. Como Napoleon, fue arbitrario: soldados é hijos de sus obras, uno y otro tenian la disculpa de la dificultad de los tiempos y de la novedad de su poder, *res dura est regni novitas*; dice Tácito. Valor, actividad, resolucion, son dotes comunes á ambos. Pero ¿como es posible comparar á Cromwell, hombre privado, criado para la vida civil, con Napoleon, educado para la guerra y formado en la mejor escuela de ese género? En Cromwell el instinto del talento suplió la falta de la ciencia. En Napoleon, los mas profundos estudios y las mas felices circunstancias contribuyeron al desarrollo de la mas rara fecundidad mental. Mas moderado, menos codicioso de pompa, Cromwell no imitó la carrera triunfal de Alejandro; no colgó en las bóvedas de Westminster las banderas de todos los pueblos de Europa; las estátuas y los cuadros de la

despojada Italia no cubrieron nuestras galerias. El dejó á sus generales la gloria de mandar sus ejércitos; mas en recompensa no atrajo sobre el territorio nacional una inundacion de pueblos enemigos, coligados para vengar sus derrotas: no arrastró los últimos años de su vida en una cruel cautividad sobre una estéril roca, carcomido por impotentes deseos de venganza, y atormentado por la fantasma de su eclipsada gloria. Austerlitz, Marengo, Jena, las piramides de Egipto no vieron los estandartes de Cromwell decorado por el lauro de la victoria: pero un gobierno enérgico, tranquilo, glorioso, elevó la Inglaterra al primer lugar entre las potencias cristianas, la hizo formidable á sus enemigos, y sin agotarse en esfuerzos vanos para encontrar la piedra filosofal de la política moderna, la monarquía universal, afianzó nuestra preponderancia y preparó nuestra grandeza futura.

Napoleon relevó de en medio de sus ruinas, las instituciones sociales destruidas y pulverizadas. Cromwell tuvo mucho menos que hacer. La revolucion de 1789 tuvo por objeto la destruccion; la de 1650

la conservacion. En Francia todo era caos y anarquia cuando el primer cónsul se apoderó del trono; en Inglaterra los principios fundamentales del órden social habian bamboleado, pero se mantenian en pié. Napoleon, pues, por su situacion misma, se vió precisado á dar pruebas mas señaladas y poderosas de aquella fuerza de inteligencia legislatriz que sabe coordinar los elementos desmoronados de la administracion, y levantar un nuevo edificio en los escombros del estado. Cromwell, por el contrario, debió ceñirse á conservar la organizacion que se le habia confiado; y su alma fuerte, su irresistible voluntad, la consolidaron sin alterarla. Bajó al sepulcro en la plenitud de su poder y de su gloria, transmitiendo á un hijo indigno una herencia que cualquier hombre de mediana prudencia y firmeza hubiera conservado y engrandecido.

Mancillada por toda especie de calumnias, blanco de todos los ultrages, la memoria de Cromwell ha sido siempre popular. Nadie la ha vindicado: su venerable sombra se ha defendido á si misma. Se respetó su nombre á despecho de todos

los desleales denuestos que se le prodigaron por lo histori6grafos y los poetas de la corte; y si Ricardo Comwell no hubiese sido el mas d6bil de los hombres, esta veneracion que se ha perpetuado, y ha llegado 6 nosotros por entre una nube de imputaciones injuriosas y de preocupaciones, se hubiera convertido en idolatría, y desde el reinado de Oliverio Cromwell contariamos la 6ra de nuestras libertades. Todo buen ingl6s le invocaria como restaurador de la independenciam nacional, y estos renglones que escribimos para manifestacion de la verdad y mortificacion de los espíritus mesquinos, s6 habrian escrito bajo el gobierno de "Su Alteza OLIVERIO V. 6 RICARDO VIII, Protector, por la gracia de Dios, de la Repúbrica de Inglaterra, Escocia, Irlanda y dominios juntos. Veriamos erijida en medio de nuestras plazas la estatua equestre de Cromwell, mandando en *Nasely* las tropas republicanas; y el 3 de Setiembre oiriamos resonar en todas las bóvedas de nuestros templos, sermones ortodojos en alabanza de este grande hombre. (*Revista Británica.*)
